

Pero el núcleo de la poesía de Eliseo Diego viene a ser, creo, la lucha contra el tiempo recuperable sólo por la memoria, el desesperado buscar memoria de "ese país de infancia recuperado en lágrimas" que dijera Milocz, la nostalgia de la edad de oro que da a su poesía un hondo y punzante dramatismo, no teatral, expresado apenas, pero no por eso menos desolado. No tiene patria en el tiempo, salvo ese país de infancia, Eliseo Diego, y por eso recuerda los cuentos de hada, esos personajes que a todos nos acompañaron: Pulgarcito, el Gato con Botas, la Bella Durmiente, que acuden a su conjuro y de nuevo se desvanecen, pero no se pierden, porque el poeta los evoca en versos que son piedras para marcar un camino, y no migas que se comerán los pájaros. Memoria de recuerdos, de contemplar ruinas salvadas por la palabra, el oscuro esplendor de todas las cosas cotidianas viven en las limpias páginas que llena Eliseo Diego con escritura de escolar. El poeta tiene posesiones "más útiles que la dicha", cuya vaga lumbre nos ilumina. Tal vez su mensaje no es para demasiados, en estos tiempos donde la inmensa mayoría ya no canta sino aúlla para hacerse escuchar, pero quienes llegan a oírlo y entenderlo lo atesoran en su memoria.

*El oscuro esplendor* de Eliseo Diego es, sin duda, uno de los libros de poemas de más unidad, más puros y hermosos que se han escrito en nuestra lengua en estos últimos años, creemos. Un libro para escucharlo a solas, como el chisporroteo de la uva fermentando en los lagares, un libro como un escondido lugar de paz en el secreto corazón del bosque.

JORGE TEILLIER

HUGO MONTES: ESTUDIOS SOBRE LA ARAUCANA. Universidad Católica de Valparaíso, 1966.

La Universidad Católica de Valparaíso, dando comienzo a su colección de cuadernos dedicados a los temas literarios, ha editado —como un buen augurio de futuras publicaciones— un breve volumen de *Estudios sobre "La Araucana"*. Su autor —Hugo Montes— ha tratado en este libro algunos aspectos de la obra de Ercilla que le son vastamente conocidos. Consciente de la poca significación que el público lector da a la épica, a pesar de los esfuerzos exitosos de Neruda y otros, intenta desentrañar la paradójica actualidad permanente de *La Araucana*. Lo logra en la descripción de tres fenómenos que dan luz suficiente para la comprensión de tal actualidad del poema: "la presencia personal, humana y directa del autor en el relato; la determinación de un personaje colectivo como protagonista de la obra y ciertos rasgos de estilo al servicio de una cosmovisión mantenida con firmeza e inteligencia a través de todas sus estrofas" (p. 8).

Centrado en el estudio de las constantes culturales de la época —si-

glo xvi— el investigador pretende explicar el sentido de originalidad de D. Alonso de Ercilla, cuya filiación del mundo cultural del renacimiento italiano no se puede desconocer. La "Plenitud renacentista" abre —como una visión de amplia perspectiva— el paisaje homogéneo de un estado de cultura en que el poeta logra sus adquisiciones literarias. El renacimiento español se universaliza en la doble vigencia de dos elementos que parecían irreductibles: la tradición hispana y la influencia extranjera, particularmente italiana. Ercilla aparece como el hombre culto del renacimiento peninsular: cortesano y guerrero que actúa, tanto bajo los impulsos medidos de la *imitatio*, como de la idealizada contemplación del mundo en que vive. Queda de esta manera defendida la sensibilidad del poeta que fue acusado de no ver el paisaje exuberante de Chile y de caer en lugares comunes impropios de una literatura que pretendía tener un carácter historicista. Es en el esquema de los antiguos donde Ercilla fundamenta su obra y, más especialmente, nos lo dice el profesor Montes, en el "modelo constante" del *Orlando Furioso*.

Pero el investigador no acaba aquí el desarrollo de su idea. Hacerlo habría sido dejar a Ercilla en el lugar menor de un poeta a la moda incapaz, desde tan reducido sitio, de entregar a los siglos posteriores los reflejos de una artística permanencia clásica. En el cantor de Araucanía el agudo estudioso ve —y allí la teoría alcanza su valor explicatorio— la conjunción de dos épocas; épocas contradictorias que le dan originalidad y verdadero sentido épico a *La Araucana*. Por una parte, imitación culta de los modelos clásicos; por otra, la situación histórica primitiva del conquistador español, situación que engrandece lo épico desde su propia vivencia. Ercilla es cortesano y soldado, es "figura de remate y figura de comienzo". Debemos reconocer en esta afirmación el resultado de una sistemática confrontación científica que aporta claridad y mesura a la teoría.

Al estudiar los personajes de *La Araucana* aparece, a la vista del investigador, un dato que reafirma el convencimiento del valor de actualidad clásica caracterizador del poema: la marcada preocupación lírica de Ercilla. En efecto, tras una breve explicación de la presencia del autor en el poema, una larga selección de versos citados textualmente acaba por demostrar el marcado rasgo autobiográfico de la obra que, por épica, extraña. Es una observación certera que enriquece el estudio del primer poema nacional. Queda así aclarada la posición de Ercilla en su obra: no mero personaje, sino agudo observador y hombre sensible; tal hecho aporta ese grado de humanidad que al profesor Montes le parece esencial en una composición que, de otro modo, habría caído en fría objetividad.

Interesante resulta también la hipótesis —plenamente aceptable desde el concepto renacentista y español de la nobleza— acerca del tratamiento dado por Ercilla al conquistador Pedro de Valdivia. Reconocemos en ella una interpretación más de la personalidad del cortesano. El análisis

que se hace de los personajes araucanos, Lautaro y Caupolicán, plantea cuestiones de interés. Así, por ejemplo, la poca adecuación de Caupolicán al "carácter y vida sublime de los grandes protagonistas de la epopeya" (p. 50); constatación certera de un rasgo más de ruptura de los cánones retóricos en *La Araucana*. Lautaro, en cambio, "es llevado... a un campo mítico" (p. 53). "Por él y en él los araucanos subían al pedestal en que sólo hay lugar para los héroes" (p. 53). Confirman esta afirmación una comparación del indígena con el héroe Aquiles y la serie de coincidencias entre los rasgos del araucano y los de otros héroes de la epopeya europea. Y concluye Montes: "Es como si el autor hubiera querido distinguir al héroe con actitudes e instrumentos característicos de los protagonistas de los grandes poemas épicos" (p. 54).

En capítulo aparte se estudia el hecho novedoso —en la épica— del personaje plural. Con sencilla claridad y sin esgrimir razones alambicadas, sino datos precisos fundamentados en el propio texto y en el ámbito cultural de su realización, el profesor Montes plantea el problema del personaje. Ve a Ercilla —como ya lo indicara en páginas anteriores— inmerso en un antagonismo en "dos épocas paradójicamente simultáneas" que exigieron de él un acto de originalidad en momentos en que los marcos de una preceptiva rígida exigían atenerse a moldes fijos. Este hecho permite a Hugo Montes enaltecer el valor de modernidad del español, modernidad que —advierto— se encuentra también afiliada a una larga tradición de verismo de la épica castellana. La elección del personaje comunitario aparece así más que como un capricho, como una forma auténtica de adaptación a la nueva circunstancia, la americana. En efecto, el artista se encontraba entre dos imperativos: el de la exigencia de una tradición literaria que le pedía determinar un héroe individual, y el de la realidad histórica que le mostraba el amplio campo de una gesta heroica no particularizada en individuo alguno. Ercilla se decide por lo histórico, desechando toda idealización. "Desde tal punto de vista, *La Araucana* es, aunque escrita por un europeo, la primera obra literaria de América. El hecho actual americano es en ella más poderoso que la tradición milenaria de Europa" (p. 72). Ercilla se convierte en el primer poeta épico de América, y junto con Camoens, en el único europeo (renacentista) que, desechando las preferencias de la moda, lleva a cabo un poema auténticamente épico. Pero esto no significa que el español haya desechado en su totalidad las fórmulas vigentes, ya que si bien reacciona originalmente en cuanto a la actitud, no desdeña ni olvida los procedimientos literarios ni la métrica de la épica italiana. Los emplea sin variación alguna. Esta doble actitud de Ercilla queda claramente planteada y sirve para definir —por último— su verdadera actitud ante el fenómeno literario. La explicación del señor Montes aclara toda vaguedad sobre las posibles causas que impulsaron a un autor renacentista a llevar a cabo una obra diferente. Tal explicación tiene la cualidad de comprender lo novedoso sin forzar las convicciones lite-

rarias de una época. Ercilla no ha negado sus influencias, no ha desconocido el arte que le exige determinadas reglas, sino que ha debido alcanzar en él aquella contemplación distinta y nueva de una época primitiva que lo obligó a ser él mismo un poeta de excepción. Su poema es "monumento literario de una nación en plenitud y de otra en nacimiento. Es a la vez cima y base, poema culto y poema primitivo, continuador de viejas tradiciones no menos que innovador valioso; poema, en fin, de dos épocas, según se dijo más arriba" (p. 78).

El tomo de los *estudios* acaba con un capítulo dedicado a los rasgos de estilo de *La Araucana*, análisis hecho desde un criterio selectivo y no exhaustivo. Se citan así: el cromatismo, la adjetivación y las comparaciones, para finalizar con un rápido análisis del canto iv con el que se pretende mostrar la capacidad narrativa del poeta.

Texto ágil y sencillo este libro sobre *La Araucana*. No pretende dar un cabal análisis del poema todo, sino sólo aclarar algunas cuestiones acerca del mismo. Se cumple el objetivo que el profesor Montes se había propuesto: desentrañar y exponer con sencillez la actualidad de la gesta sobre Arauco.

SANTIAGO DAYDI TOLSON

LUIS MERINO REYES: PERFIL HUMANO DE LA LITERATURA CHILENA. Editorial Orbe, Santiago de Chile, 1967.

En años pasados, el autor escribió un *Panorama de la literatura chilena*, publicado en Washington, y que fue, según expresa él mismo, "vapuleado en Santiago de Chile por los eruditos que no ven en el lenguaje literario la comunicación vital de una cosa, sino la hojarasca y la norma retórica" (p. 259). Esta ligera manifestación de la persistencia de la herida literaria en un escritor que siente, de pronto, haber sido mal comprendido de sus comentaristas, podría aplicarse como reactivo a las expresiones del propio autor.

En este libro trata él de Bello, Pérez Rosales, Vicuña Mackenna, Lastarria, Blest Gana, Encina, D'Halmar, Latorre, Edwards Bello, Juanuario Espinosa, Max Jara, Jenaro Prieto, Winett de Rokha, Marta Brunet, Juvencio Valle, María Luisa Bombal, Carlos Droguett y algunos más. ¿Y qué habrán pensado estos señores (excluidos los difuntos, naturalmente...) de las líneas que les dedica Merino Reyes? Porque bien podría ocurrir que algunos hayan quedado con ellas tan disconformes como el propio Merino Reyes quedó ante la crítica formulada sobre su libro recordado antes.

Cítase este extremo para hacer ver la notable diversidad de los juicios humanos, los cuales muchas veces dependen del punto de vista escogido para el estudio. En el caso presente, sin ir más allá, ¿qué pensaremos del autor como estilista estudiado el repertorio de sus imágenes y anali-